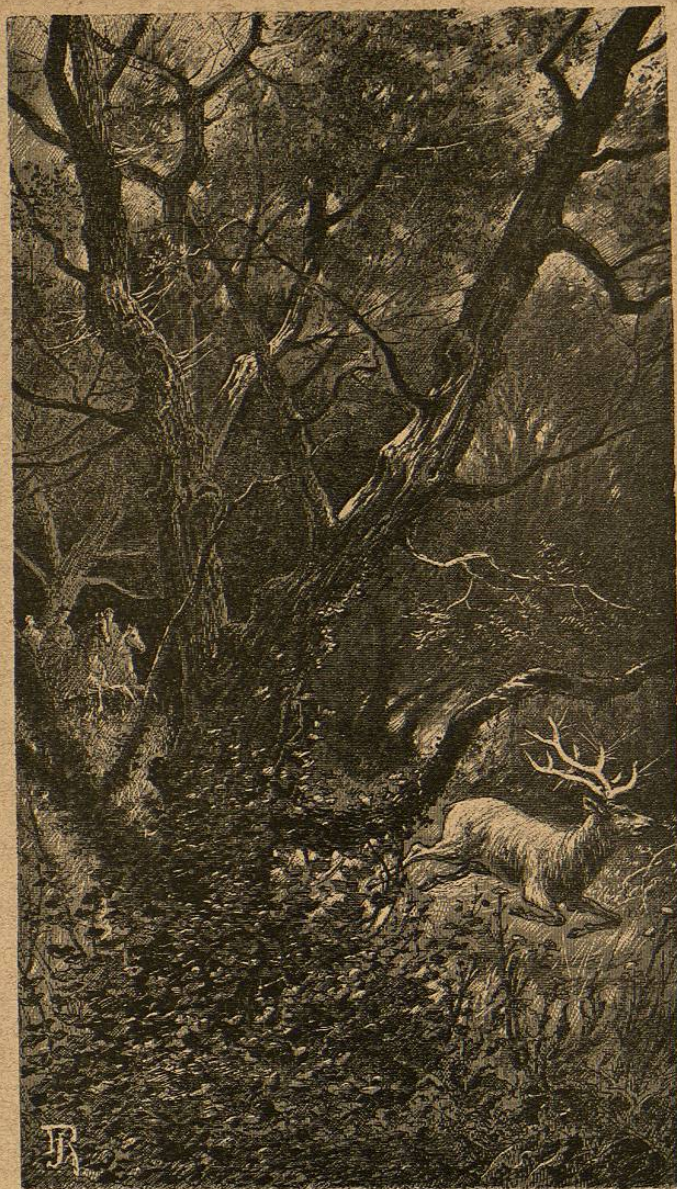


de los clarines y al relinchar de los caballos ; y terminó de una manera tan solemne y severa , que , locos de entusiasmo , ansiosos de pelear , nos hubiéramos arrojado los unos sobre los otros , sino porque en aquel instante un hermoso ciervo , espantado por el ruido , se levantó de entre nuestros piés y corrió como un espectro de plata por la oscura selva . Lanzámonos á escape tras él y le perseguimos durante todo el día , sin que el furioso viento que nos azotaba el rostro disminuyese la rapidéz de nuestra carrera . Mantenía nuestro ardor y nos estimulaba el eco de la hermosa canción , que durante todo el día no cesó de resonar en nuestros oídos . Así durante todo el día seguimos al ciervo guiados por las llamaradas que salían de sus cuernos de oro , hasta que desapareció junto al pozo de las hadas ; el famoso pozo que se rie del hierro cuando los niños echan en él alfileres y clavos , y gritan : — ¡ Rie , pocillo ! — pero que si se le toca con una espada , se agita y zumba furiosamente . Allí perdimos de vista al ciervo , y no nos fué ya posible dar con él . ¡ Pero qué hermosa , qué sublime canción era aquella ! La vuestra es sin duda muy dulce , Bibiana , y con todo , cuando la cantabais , parecíame como que conocíais ya el maldito hechizo , y que estabais probándolo en mí ; sentí que sin morirme se apoderaba de mí la horrible inmovilidad de la muerte , y que iba menguando poco á poco la esplendorosa gloria de mi nombre .

*
* * *



— Mi nombre y mi gloria han menguado hasta borrarse ; — dijo Bibiana sonriendo tristemente. — Mi nombre y mi gloria han menguado hasta borrarse , y todo por vos ; todo porque creyendoos triste y deseando consolarnos , os he seguido á este desierto bosque. ¡ Ved lo que son los corazones de los hombres ! Nunca se elevan ellos á la gran altura á que , en alas de la abnegación , sube el corazón de la mujer. Y tocante á la gloria , aunque sé que desdeñáis mi canción , he de cantaros dos estrofas más. De este modo continúa la dama , dirigiéndose á su amante :

Dejé mi nombre por tomar el tuyo,
y por eso , si logro adquirir gloria,
no será para mí , mas tuya toda.

En cambio , si afrontaras tu apellido,
tu vergüenza sería mi vergüenza.
Si es que fías en mí , fíame en todo.

*
* *

— ¿ No es verdad , maestro , que la dama tiene muchísima razón ? Además , esta canción es como el hermoso collar de perlas de la reina , que se rompió durante el baile , desparramándose las perlas en el suelo ; algunas se perdieron , otras fueron robadas , y otras conservadas como preciosas reliquias. Y así como en aquel hermoso collar jamás las dos perlas hermanas corrieran por el hilo de seda á besarse sobre el blanco cuello de la reina,

así también las estancias de esta canción andan dispersas en muchas manos, y cada trovador las combina y canta á su manera. Hay sin embargo en la canción una estrofa que ninguno olvida, y que, por la gran verdad que encierra, es, como quien dice, la perla de las perlas.

Corre en pos de la gloria ansioso el hombre,
mas la mujer tan solo en amar sueña;
para ella amar y ser amada es todo.

*
* *
*

El amor, aunque sea de lo más basto que darse puede, se apropia, para sus goces, de alguna parte del real y tangible presente; vive de la realidad, y sin curarse de vanas palabras, disfruta cuanto puede, sin importarle nada lo demás. En cambio la gloria, la fama póstuma no vale nada, porque ¿qué ganaremos con que nos ensalcen después de muertos? Ni son muy apetecibles el renombre y la gloria durante la vida, pues los hombres verdaderamente grandes se ven perseguidos y denigrados por los pequeños, que creen, ó aparentan creer, que su grandeza es hija del infierno, como si la luz pudiera ser hija de las tinieblas. Bien sabéis que la envidia os llama hijo del diablo, y que siendo, como sois, el maestro de todas las ciencias y de todas las artes, quieren haceros pasar por el maestro de todo vicio y de todo mal.

*
* *
*

Entonces Merlín, poniendo la mano entre las de la joven, dijo de este modo: — Buscando yo un día una planta mágica, ví sentado en el campo á un joven escudero que habia hecho un escudo de madera y estaba pintando en él unas armas á su capricho; un águila azorada



de oro en campo de azur, y en el franco cuartel el sol, con este lema: *Voy en pos de la gloria*. En cuanto hubo terminado, me apoyé en su hombro, y sin decir una palabra, tomé el pincel, y borrando el mote y el águila, puse en su lugar un jardinero haciendo un ingerto, con esta divisa: *Prefiero el trabajo á la fama, y el combate á la gloria*. ¡Si hubieséis visto cuán encendido se puso de vergüenza! Pero después fué un valiente caballero. — ¡Oh Bibiana! Yo creo que sinceramente creéis amarme mu-

cho, y en cuanto á mí, estoy muy seguro de amaros algo. ¡ Descansad , pues ! El amor debe descansar en sí mismo, y en sí mismo debe encontrar placer ; no le conviene mostrar demasiada curiosidad , no le conviene mostrarse demasiado anheloso de obtener , contrariando el gusto y la voluntad de la persona amada , una irrazonable prueba de amor. La gloria , que no es más que un incentivo , mayor aun que el amor , para servir al género humano , debe hallar en sí misma poco descanso y poco placer ; debe trabajar incesantemente como vasalla de aquel amor más grande , del amor á la humanidad entera , amor ante el cual el amor de un sér á otro sér parece un pigmeo insignificante. Al trabajo sin tregua , á la actividad incesante debí primero la gloria ; luégo , esta fué creciendo rápidamente , y abriendo nuevos y más vastos horizontes á mi actividad. Ese es el secreto de mi poder. ¿ Qué otro secreto de más valor pudiera revelaros ? Porque he querido aumentar sus luces , ensanchar sus conocimientos , las gentes han tratado de denigrarme ; por eso la vil envidia me ha llamado hijo del diablo y maestro de todo mal. No de otro modo un animal enfermo y débil trata de defenderse hiriendo al que le vá á curar , y cuya superioridad y buenas intenciones desconoce ; pero tal vez errando el golpe , se hiere en su propio corazón al retirar con violencia la formidable garra. Dulce y sosegada era mi existencia cuando yo era enteramente desconocido , pero cuando mi nombre fué exaltado la tempestad se desató sobre la montaña , y yo no hice el menor caso de ella.

Bien sé que á la fama acompaña el vilipendio , que con la alabanza vá mezclado el insulto ; más es fuerza que yo lleve á cabo mi obra. En cuanto á la otra fama , á la fama después de la muerte , no hago caso de ella , pues nada vale , á lo menos para quién , como yó , no tiene hijos. ¿ Qué me importa , si yo no he de oírlo , el cacareo , mas ó menos apacible , que los que aun no han nacido dejarán oír sobre mi sepultura ? Paréceme una cosa tan remota , tan vaga , tan incierta como aquella nebulosa que ocupa el segundo lugar en una fila de estrellas semejante á una espada suspendida de un tahalí formado por otras tres mas resplandecientes (1). Cada vez que contemplo aquella estrellita , no puedo menos de pensar en algún gran hechizo practicado allí para reducir á la nada la fama que tanto envanece á los hombres. Así pues , si temo daros poder sobre mí comunicándoos mi secreto , enseñándoos á operar el maleficio ; si temo que por mucho que creáis amarme ahora os burléis de mí pérfidamente cuando tengáis el poder que hoy os falta — del mismo modo que los hijos de los reyes , amables tal vez en su menor edad , se truecan en tiranos al empuñar el cetro — no es que me espante la pérdida de la fama , sino más bien la pérdida de la actividad. No quiero , no , exponerme á dejar mi obra inacabada. No por perversidad de corazón , sino en algún desenfrenado rebato de

(1) El *tahalí* y la *espada* de Orión.

cólera, pudiérais operar el maleficio sobre aquel á quien decís que amáis tan tiernamente. Tal vez un día, llevada de un afecto extremado y violento, se os antojaría apartarme del resto de los mortales, y poseerme entera y exclusivamente. Tal vez obedeciendo á un súbito impulso de mujeriles celos, ensayarais el encanto en aquel á quien según decís, amáis con toda el alma.

* * *

— ¿No he jurado acaso? — dijo Bibiana con bien simulada indignación. — ¡Bueno! ¡bueno! Ya veo que no se me cree. Pero no importa. Guardad vuestro secreto; guardadlo, que yo lo encontraré. Y entonces, cuidado con Bibiana! En verdad, no sería extraño que una mujer á quien no se cree, tuviese algún rebato de cólera hijo de vuestra desconfianza; y me parece muy exacto el primoroso epíteto que aplicáis á mi amor. Sí; un amor tan profundo como el mío, y tan mal correspondido, bien merece que se le llame violento. Lo que me maravilla es que, tratándome como me tratáis, pueda yo amaros lo más mínimo. Y ya que habláis de celos mujeriles, ¿porqué no estaría celosa? Si vos mismo no fuérais celoso, y si además no quisieseis despertar mis celos, ¿para qué hubierais inventado ese lindo hechizo? Segura estoy de que en todos los países de la tierra tenéis acá y allá enjaulada una moza entre los cuatro muros de una torre de la cual no es posible escapar.

* * *

Alegremente contestó el gran maestro, diciendo: — Como no soy de palo, á muchas bellas amé en la amante juventud, y no necesitaba entonces, para mantenerlas á mi devoción, otro hechizo que el del amor y la juventud. Ahora, ese corazón vuestro tan lleno de amor me tranquiliza tanto como pudiera tranquilizarme un hechizo. No os encantaré pues. En cuanto á los que inventaron ese encanto y por primera vez se sirvieron de él, sus muñecas están ya separadas de las manos que se agitaron al pronunciar las mágicas palabras, y desencajados del tobillo están los piés que siglos atrás pasearon en torno del encantado. ¿Queréis que en premio de vuestra canción os refiera la leyenda del hechizo que de tal manera turba vuestro reposo?

* * *

— Había en otro tiempo en lo más remoto del Oriente un rey menos viejo que yo, aunque en realidad mucho más viejo, pues mi sangre, como procedente de un manantial superior, tiene vigor para más tiempo. Y sucedió que buscando un buen surgidero entró en el principal puerto de sus estados el barco de un pirata de curtido rostro que había saqueado más de veinte islas desconocidas, y que últimamente, pasando al rayar el alba junto á otra

isla que también pensaba saquear, vió á los habitantes de dos ciudades peleando en el mar en mil navichuelos por la posesión de una mujer, y lanzando su negro y temido bajel entre los combatientes, los dispersó rápidamente y se apoderó de la dama, no sin perder en la refriega la mitad de sus hombres, que fueron muertos á saetas. La cautiva era una doncella tan delicada, tan blanca, tan maravillosamente bella, que dejaba deslumbrados á cuantos la veían; y como el pirata se negara á entregársela al rey, éste hizo que le empalaran en castigo de su piratería, y se casó con la doncella. Por desgracia, los ojos de la hermosa isleña hicieron, aunque involuntariamente, una guerra tal á los mancebos del reino, que innumerables fueron los que enfermaron; veíanse cada día menos concurridas las asambleas que entendían en los asuntos del Estado, y notaba el rey que era cada vez menor el número de sus consejeros, y que sus ejércitos menguaban de una manera alarmante, porque como un poderoso imán atraía ella los corazones de hierro de los viejos guerreros, por muy orinientos que estuviesen. Las bestias mismas la adoraban; los camellos se arrodillaban ante ella espontáneamente, y aquellos enormes animales que sobre el lomo semejante á una montaña llevan castillos, y soldados, y reyes rodeados de su séquito, doblaban las negras rodillas en señal de homenaje, y por verla sonreír, hacían sonar, con la estupenda nariz que les sirve de manos y que se enroscas como una serpiente, los cascabeles de oro que adornan sus tobillos. ¿Qué extraño es pues

que el rey estuviera celoso, ni que tomara la determinación que tomó? Dispuso que enviados suyos recorrieran en todas direcciones los cien reinos sujetos á su domi-



nio, y que convocando al pueblo á són de bocina, hicieran conocer á todos el deseo del rey de encontrar un hechicero capaz de encantar á la reina de manera que en adelante solo existiese para el rey su esposo. Al sabio que

operara tan singular prodigio, se le ofrecía una recompensa mayor que la que rey alguno ha dado jamás : una lengua de montañas llenas de minas de oro , una provincia con cien millas de costa , un palacio hermosísimo , y una princesa más hermosa aún. En cambio, el rey, para evitar que de todas partes lloviesen falsos ó poco hábiles hechiceros, y para que no se burlasen de él los charlatanes, ordenó que cuantos intentaran operar el hechizo y no lo consiguieran , fuesen decapitados y sus cabezas colocadas en escarpas sobre las puertas de la ciudad. Y hubo muchos que sin dejarse intimidar por tan terrible sentencia, tentaron fortuna y vieran frustrados sus esfuerzos, porque sus pobres encantos se estrellaban contra el encanto superior de aquella naturaleza privilegiada. Y muchas cabezas de hechiceros blanquearon al sol sobre los muros ; y durante muchas semanas una bandada de cuervos aficionados á la carroña estuvo suspendida como una nube sobre las torres de la puerta de la ciudad.

*
* *

Aquí llegaba el sabio Merlín , cuando Bibiana le interrumpió , diciendo : — Esa historia me deleita grandemente , más me parece que al contarla se te ha ido un poco la lengua. Y sino , interrógate á tí mismo. Segura estoy de que jamás fué *involuntaria* la guerra que la dama hacía con sus hermosos ojos ; sin duda encontraba placer en ello , y daba á su buen esposo no solo sueños sino

también reales motivos de celos. Por otra parte , ¿ no había dama ni doncella alguna á quien irritara la pérdida de un amante ? ¿ Eran todas tan mansas , quiero decir tan nobles y generosas , como bella su afortunada rival ? ¿ No había dama ni doncella que se atreviera á arrojar á los ojos de la reina algún licor que los cegara para siempre ? ¿ No había alguna que echara un mortífero polvo en su bebida, ó que la hiciera palidecer y perder su hermosura con el perfume de una rosa envenenada ? ¡ Bien , bien ! Aquellos tiempos no se parecían á los nuestros. — ¿ Pero encontraron por fin el hechicero que buscaban ? Ansiosa estoy de saber si se parecía á tí. ¿ Se parecía á tí , maestro ?

*
* *

Al decir estas palabras , Bibiana estrechó más fuertemente al anciano con el flexible brazo con que rodeaba su nervudo cuello , y luego , echando un poco hacia atrás la cabeza , dejó que sus bellos ojos hablaran en su lugar, brillando sobre el mago como los de una recién casada sobre su señor, su amado, el primero y el mejor y el más querido de los hombres.

*
* *

— No ; no se parecía á mí — contestó Merlín riendo. — Afortunadamente para el rey , que empezaba ya á desanimarse , sus forrajeadores de hechizos encontraron al